

art buchwald

REFUGIO CONTRA IMPUESTOS

WASHINGTON.—Se ha hablado mucho estos días de los refugios contra impuestos, y me pareció que había llegado el momento de que alguien se interesara en conocerlos. Oí decir que había uno muy hermoso a pocas millas de Houston, en Texas, de modo que en un viaje reciente decidí desviarme y visitarlo. Estaba en la propiedad de un hombre llamado Ralston Tronera. Cuando llegué, me sorprendí al ver sólo una destartada casa de campo. Llamé, y un viejo vaquero de pelo gris acudió a la puerta.

—Busco al señor Tronera —le dije.

—Está allí, en su refugio contra impuestos —contestó—. Pero es mejor que vaya con cuidado; todo el campo está minado.

—¿Podría usted llamarle por teléfono y decirle que deseo verle? Digale que estoy escribiendo sobre los mejores refugios contra impuestos en el país para la revista "Mejores hogares y jardines".

El hombre se alejó, regresando minutos más tarde para decirme:

—Está bien, le recibirá. Tiene que andar con cuidado, porque hay muchos reformadores de impuestos merodeando por aquí.

Me condujo al refugio, que estaba escondido entre matorrales, con sólo la puerta sobresaliendo del suelo. La puerta no tenía llave y entré. Era el cuarto más fantástico que había visto nunca: mesas de oro macizo, candelabros de cristal, gobelinos en las paredes y un suelo de mármol con el diseño de una tronera, que supuse que sería el escudo de la familia. El señor Tronera me tendió la mano, diciendo:

—Mucho gusto en conocerle. Ultimamente ha habido muchas críticas contra los refugios, y si pudiera hacer algo para contrarrestarlas me complacerá mucho.

—Muchas gracias, señor. Este es un bonito refugio —respondí, mientras me ofrecía una copa de champán.

—Sí, es bonito, pero sólo es uno de los varios que poseo.

—¿Quiere usted decir que tiene otros?

—Por supuesto, muchacho. Este es mi refugio para la bonificación por agotamiento de yacimientos petrolíferos. Aquí guardo todo el dinero que hago con esto. El gobierno nunca podría hallar este lugar. Oiga, usted no será un agente federal, ¿eh?

—No, señor. Espero tener algún día mi propio refugio.

—Mejor para usted, hijo. Ha hablado como un verdadero norteamericano. Ya sabe usted, hay mucha gente en este país que está tratando de terminar con los refugios. Dicen que no estamos pagando nuestros refugios como es debido. Bueno, permítame decirle esto: cuando extraemos petróleo del suelo, no hay modo de reemplazarlo; se va para siempre. Y si tuviéramos que pagar impuestos, estarían dañando al petróleo, no a nosotros. Quieren quitarnos estos refugios, pero no vamos a permitirlo. Nuestro sudor y nuestra sangre nos costaron al construirlos.

—Pido a Dios que nunca suceda eso —respondí, mientras le untaba caviar a una tostada—. ¿Qué otros refugios tiene?

—Tengo otro para ganado, en Oklahoma. El ganado se deprecia; no crea a quien le diga lo contrario. Las reses se hacen viejas, se cansan y si tuviéramos que pagar impuestos por ellas, se sentirían miserables.

—Nadie debe pagar impuestos por ganado —aseguré, mientras me servía "fote-gras".

El señor Tronera continuó diciendo:

—En Chicago tengo mi verdadero refugio. Un hombre debe tener reembolsos por bienes inmobiliarios, y por eso tengo ese refugio allí. También compro vagones de mercancías y aeroplanos y se los alquilo a los ex dueños. Esto ayuda a pagar el costo del refugio. Olvidaba mencionar mi "Fundación" en California: es un bello refugio.

—¿Cuánto dinero hizo el año pasado con todas sus cosas?

—Alrededor de cien millones de dólares.

—¿Y cuánto pagó en impuestos federales?

—Unos ochocientos dólares, pero no me explico por qué creía tener cubierta todas las salidas.

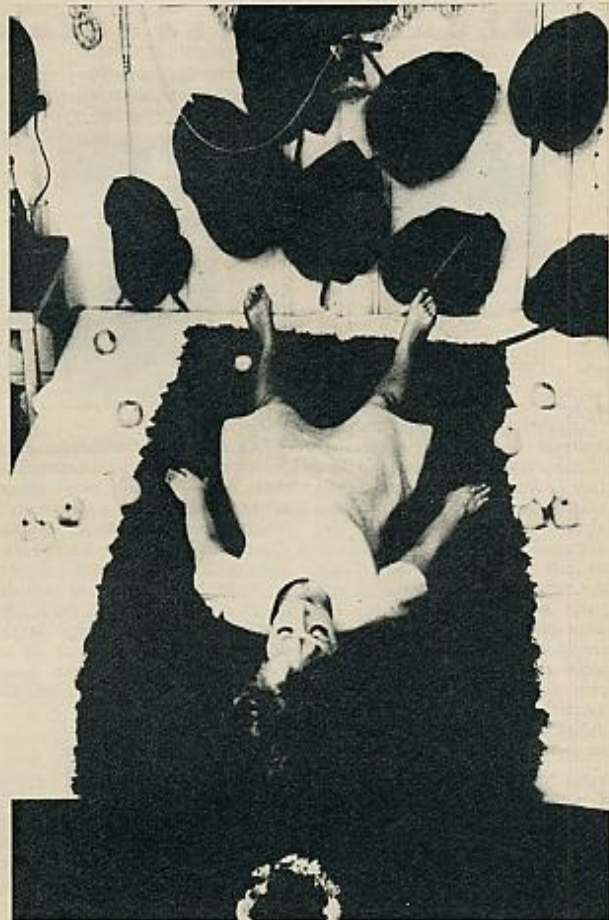
(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

sociales e ideológicas. La audacia narrativa del film consistía en que, siendo la exposición de esas contradicciones su objetivo último, no estaba abordado directamente, sino de forma alusiva, a través de la minuciosa descripción de unos hechos, aparentemente inocuos, y por medio del sistema narrativo elegido.

También dos mujeres son las protagonistas de «Las margaritas»: dos muchachas jóvenes. Pero más que protagonistas, en el sentido de personajes que encarnan determinados problemas o actitudes y soportan el peso de la acción, estas pequeñas margaritas son la representación de una particular idea de la destrucción, como catarsis y realización vital.

ver en guión, aunque éste haya sido muy elaborado, como puede apreciarse a la segunda o tercera visión de «Las margaritas».

Estas muchachas en flor, a la sombra de las convenciones, de los esquematismos, de las consignas, se realizan vitalmente a través de la sistemática destrucción de cuanto les rodea. La explosión juvenil de inconformismo se entiende a niveles generales, y afecta a una situación contemporánea que define una época; pero esa voluntad destructora encubre, también, un significado político, referido a las coordenadas ideológicas del país en que ha sido realizado el film. En este sentido, «Las margaritas» constituye un documento inapreciable sobre



La destrucción comienza con la misma perspectiva estilística del film, al rechazar Vera Chytilova toda organización dramática convencional, rehuyendo cualquier planteamiento narrativo. Si quisiéramos buscar un parentesco estructural, habría que remontarse a los hermanos Marx o, más exactamente —atendiendo al carácter fundamental destructor de esta no-historia—, al tremendamente mordaz W. C. Fields, uno de los cómicos más geniales de toda la historia del cine.

Esa herencia del «burlesque» americano —y no hay que pensar sólo en la extraordinaria secuencia del festín, con tartas de crema y todo— se filtra por medio de una óptica visual que se emparenta directamente con el fuerte aspecto sensitivo de los films de Lester. La colaboración del gran operador Jaroslav Kucera —marido de la Chytilova— ha sido esencial para establecer, a nivel de imagen, un mundo de sensaciones, imposible de pre-

la época Novotny —el film estuvo retenido por la censura cierto tiempo—, especialmente, sobre los gérmenes de una actitud nacional o, al menos, de una pretensión gubernamental «liberalizadora», que motivaría en agosto del año pasado la intervención soviética. Entre los muchos aspectos reveladores de esa situación en germen cabe destacar los signos de una nueva sociedad, posibilitada por la evolución económica del socialismo. Chytilova acentúa este aspecto insólito con particular mordacidad —el recuerdo de Fields sigue siendo obligado—. El insaciable apetito que sus «margaritas» manifiestan a todo lo largo del film expresa de forma directa la introducción de unos reclamos en un sistema que, hasta ahora, los había rechazado. El momento en que una de las muchachas se zampa un bistec en technicolor, anunciado en una revista, significa algo más que el puro efecto cómico de este deslumbrante «gag». ■ J. G. D.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglán, Antonio Javaloyes, R. López Colcocha, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.